

PROBLEMÁTICA DE LA COMUNICACIÓN

Guía de estudio de Trabajos Prácticos sobre Modernidad elaborada por el Jefe de Trabajos Prácticos Oscar D. Amaya

La presente guía constituye un instrumento orientador para tratar los problemas del conjunto de las clases de Trabajos Prácticos. Se indican entre paréntesis las bibliografías de la materia relacionadas con los distintos aspectos de las problemáticas que se plantean a continuación.

No cesaremos de explorar, y el fin de nuestra
exploración será llegar donde empezamos,
y por primera vez, conocer el lugar
T.S. Eliot

Nuestro tiempo es un tiempo de nacimiento y de tránsito a un nuevo período. Conciencia plena del filósofo de lo que está viviendo. El espíritu –o sea la conciencia- ha roto con el mundo de su existencia y el mundo de ideas vigentes hasta aquí, y está en trances de hundirlo en el pasado, y anda entregado al trabajo de su transformación. La frivolidad y aburrimiento que desgarran lo existente, la añoranza indeterminada de algo desconocido, son los mensajeros de que algo nuevo se aproxima. Este gradual desmoronamiento queda interrumpido cuando un relámpago pinta de un golpe la imagen de un nuevo mundo.
G.W. Hegel

El proyecto moderno

La modernidad constituyó un nuevo horizonte de sentido que retomó y redimensionó ideales de la cultura griega y simultáneamente instauró nuevos, emergiendo en contraposición y ruptura con la denominada Edad Media, es decir, la caída, como certificación del agotamiento de la vieja representación del mundo, regida en forma predominante por lo teológico-religioso. En términos del filósofo C. Castoriadis, estableció un nuevo *imaginario social*¹, y es por ello relevante recorrer un amplio arco de escenarios que signaron a este período: el siglo de la ilustración, las revoluciones, el movimiento romántico, los ideales científicos positivistas del siglo XIX, el legado marxista en los estudios sociales del siglo XX y las vanguardias artísticas y políticas, entre otros.

¹ La noción de imaginario social aparece como explicativa a la hora de caracterizar un marco de época: “este elemento que da a la funcionalidad de cada sistema institucional su orientación específica, que sobredetermina la elección y las conexiones de las redes simbólicas, creación de cada época histórica, su manera singular de vivir, de ver y hacer su propia existencia, su mundo y sus propias relaciones; este estructurante originario, este significado-significante central, fuente de lo que se da cada vez como sentido indiscutible e indiscutido, soporte de las articulaciones y de las distinciones de lo que importa y de lo que no importa, origen del exceso de ser de los objetos de inversión práctica, afectiva e intelectual, individuales y colectivos, este elemento no es otra cosa que lo *imaginario* de la sociedad o de la época considerada”.

Como afirma Nicolás Casullo: “la modernidad sería una condición de la historia, que comienza a darse de manera conciente entre los pensadores, entre los actores de esta historia, en Europa, básicamente entre los siglos XVII y XVIII (...) donde se pensará el mundo y se polemizará entre ‘lo antiguo’ y ‘lo moderno’ (...) no sólo en el campo de los avatares sociales, industriales, técnicos, económicos, financieros, sino que aparece también como necesidad de nueva comprensión del mundo (...) de lo real, del sujeto y las cosas, del yo y la naturaleza, de las formas de conocer esa naturaleza y ese yo mismo que estoy conociendo”

Es importante destacar desde un principio el riesgo que constituye para la comprensión de la historia de la cultura, insistir en la idea de periodización, en cuanto a la existencia de “períodos” en la humanidad, como si hubiera una unidad implícita en los momentos históricos denominados Antigüedad clásica - Edad Media - Modernidad, puesto que de hacerlo se cae en el obstáculo de transitar por explicaciones causales o formular una simultaneidad lógica allí donde se halla únicamente una simultaneidad cronológica. La Modernidad constituyó –y en cierto sentido lo sigue haciendo- un vértigo de acontecimientos del que emergen fechas, lugares, nombres propios, que se negaron a seguir pensando el sufrimiento y la injusticia como componentes de un universal sin historia, pero también de multitudes de anónimos que imaginaron otras existencias posibles, de los que intentaron echar raíces en territorios imposibles, de los que no podían acomodarse ni al mundo ni a sus limitaciones. Se trata de abordar entonces, la multiplicidad de acontecimientos, de corrientes de pensamientos, de lógicas de vida social y tecnológica, experiencias estéticas, poéticas y literarias, que afirman la potencia de interrogantes de los que aún resuenan sus ecos. (Cf. Hoving, Th. “El Renacimiento y los renacimientos” y Bell, D. *Contradicciones culturales del capitalismo*, en la bibliografía de la materia).

La forma en que se estructura el imaginario social en la Modernidad puede esquematizarse como sigue:

- Modo de producción: Capitalismo
- Tipo de capitalismo: concentración para la producción y la propiedad.
- Constitución de contrato social: sujeto jurídico.
- Formas de representación: autoridad política.
- Nuevo actor social: proletariado.
- Nuevo espacio social: fábrica.
- Tecnología: máquinas (palancas, poleas, relojes).
- Lazo social: escuela.
- Modo de subjetivación: formación de ciudadanos.
- Organización social: Estado.
- Tecnología de la transmisión cultural: escritura.
- Condiciones de producción del conocimiento, forma de apropiación y uso: teoría, disciplina científica (explicación, fundamentación, exposición sistemática, interpretación). Búsqueda de la verdad, la crítica, la objetividad y la universalidad. Conocimiento por sobre opinión. Racionalidad.

Estas características pueden ser pensadas como prácticas y relaciones sociales necesarias para el desenvolvimiento del capitalismo. Tomando ciertos análisis del sociólogo Max Weber, puede pensarse a la modernidad en términos de la consecuencia de un proceso de racionalización, a través del cual el mundo social se reorganiza bajo el

dominio del ascetismo, la secularización y las reivindicaciones universalistas del racionalismo, crecientemente instrumental. En palabras de D. Morley: “la modernidad es el núcleo para la conquista, la regulación imperial de la tierra, la disciplina del alma, la creación de la verdad y la conquista de la naturaleza para el hombre”. (cf. Marafioti, *Los sentidos de la comunicación*. En particular, cap. 5, la corriente de los estudios culturales).

Pueden observarse dos tendencias que distinguen y que caracterizan el proyecto de la modernidad:

- * la búsqueda de control y dominio sobre la realidad y
- * la búsqueda de desarrollo autónomo del sujeto.

Las características señaladas más arriba permiten afirmar que el ideal de control y dominio se relaciona en forma estrecha con la dimensión económica, y que las dimensiones del saber, la organización social, política y cultural, posibilitan o se constituyen en obstáculo, según los momentos o fases. Pero es necesario observar que estas dos tendencias, lejos de desarrollarse articuladamente, fueron produciendo una tensión creciente en torno al proyecto. Según palabras de M. Heler: “si el control y el dominio logran una gran efectivización en la sociedad, es también durante su vigencia que se dan las mayores manifestaciones de oposición y rebelión en nombre de la libertad individual”.

Algunos autores han dividido a la Modernidad en tres fases:

- 1° Se extiende desde comienzos del siglo XVI hasta finales del siglo XVIII;
- 2° Se inicia con la Revolución Francesa y sus repercusiones y
- 3° En el siglo XX, con su expansión a todo el planeta. Desde esta perspectiva, esta tercera fase encontraría una edad –la moderna- que habría de perder el contacto con las raíces de su propia modernidad.

Castoriadis en tanto, plantea que si se analiza la modernidad relacionándola con la significación y el proyecto de autonomía –que considera es social e individual- se pueden distinguir tres períodos: la emergencia o constitución de Occidente, del siglo XII a principios del siglo XVIII; la época crítica, moderna propiamente dicha, desde el siglo XVIII hasta mediados del siglo XX y lo que denomina la retirada al “conformismo”, signada por las dos guerras mundiales, la emergencia de los totalitarismos, la decadencia del mito del Progreso y el nacimiento de los movimientos sociales expresión de las “minorías”.

Las fases de la modernidad pueden resultar útiles en tanto permitan explicar una profunda y diversa transformación del *sujeto moderno*: desde la instauración de la idea de la conciencia individual como origen del significado (el *cogito ergo sum* cartesiano) hasta la descentralización del sujeto, producto de las formulaciones no sólo de Karl Marx y Sigmund Freud, sino también de Ferdinand de Saussure, quien planteó que la formulación de los pensamientos son estructurados de forma inconciente, por normas y conceptos del lenguaje y la cultura en la cual los sujetos han sido socializados. (Para este último autor, cf. Marafioti, R., *ob. cit.*, en especial el cap. 1, en bibliografía de la materia)

Resulta claro entonces, que la idea de *razón universal* se extiende a todo el escenario de la modernidad, es decir, la reflexión del sujeto a través de la razón, este pensar por sí

mismo señalado en el párrafo anterior. El filósofo Immanuel Kant es taxativo al respecto: “la Ilustración es la liberación del hombre de su culpable incapacidad. La incapacidad significa la imposibilidad de servirse de su inteligencia sin la guía de otro. *Sapere aude* (atrévete a saber): ten el valor de servirte de tu propia razón, he aquí el lema de la Ilustración”.

Ilustración debe entenderse como un práctica del sujeto racional, es decir, una búsqueda en sí de la verdad y de esa misma dinámica de pensar en todo instante por uno mismo, de un interrogarse del sujeto donde la razón se erige como juez de la verdad. (cf. Kant, I. “¿Qué es la Ilustración?”, y Foucault, M. “¿Qué es la Modernidad?”, en bibliografía de la materia)

A partir del siglo XVIII, el desarrollo del sujeto queda ordenado y justificado por la idea de la razón, en consonancia con el contexto general caracterizado por las luchas políticas y el crecimiento económico. La idea de sujeto que converge remarca la autonomía de éste y, al mismo tiempo, los límites y posibilidades de su desarrollo: la razón controla sus prácticas y discursos. En otros términos: “conocer, ordinariamente, es estar de vuelta de algo; conocer, absolutamente, es estar de vuelta de todo. La Iluminación representa un paso más: consiste en la certeza de que en adelante no se volverá a ser víctima del engaño, es una última mirada sobre la ilusión”, (Cioran, 1987), lo que constituye una concepción de *totalización* centrada en el sujeto cuyas categorías nucleares son la razón y el progreso.

La crítica de la Modernidad

En forma creciente, el mundo “positivo” de la ciencia y la tecnología, la supremacía de la *razón instrumental*² puesta al servicio del poder por sobre la *razón crítica*³ produce la vivencia de pérdida del sentido de la realidad y el cese de una participación activa del hombre en una unidad de sentido. Se llega a lograr el poder sobre lo real no sólo a costa de su pérdida, sino convirtiendo al hombre en objeto de dominio. Al quebrantarse el poder contradictorio de la razón, la realidad se desarrolla según su propia “ley positiva” manifestando su fuerza represiva. (cf. Marafioti, R., ob. cit., en particular el cap. 5, punto 1).

El quiebre de la Modernidad para diferentes autores, estaría planteado en los siguientes términos: desde la óptica de Marshall Berman, “la gloria de la energía y el dinamismo modernos, los estragos de la desintegración y el nihilismo modernos, la extraña intimidad entre ellos; la sensación de estar atrapado en una vorágine en la que todos los hechos y valores se arremolinan, explotan, se descomponen, se recombinan; la incertidumbre básica sobre lo que es fundamental, lo que es valioso, hasta lo que es real; el estallido de las esperanzas más radicales en medio de sus radicales negaciones” (Berman, 1988)

² Horkheimer plantea que la razón instrumental se articula en relación a la díada medios-fines, con la adecuación de modos de procedimiento a fines que son aceptados y que presuntamente se sobreentienden. Es el poder quien instauro los actos razonables, entendiéndolo a esta razón como incapaz de pensar los fines, en una dinámica de simple funcionalismo.

³ Se hace aquí referencia al poder de negatividad de la razón, la posibilidad de un *yo pienso* que pueda negar críticamente el mundo y los dispositivos de poder que lo controlan: la denuncia de la aspiración al dominio de la naturaleza en nombre del control científico y técnico que degenera en sometimiento del sujeto, reducido a objeto a merced de la ley del intercambio. La razón es por definición contradicción, oposición, negación en tanto que la libertad no ha sido llevada a cabo.

En términos de Régis Debray (Cf. *Vida y muerte de la imagen en Occidente* en bibliografía de la materia) “los nuevos signos e insignias del poder no traducen un simple cambio en la simbólica sino en la función y la naturaleza del Estado. Esta ruptura en nuestro régimen de representación modifica nuestros cuerpos, nuestras almas y el orden del mundo”. La modernidad, que pudo inventarse de una manera original e inédita, que produjo un proceso de transformación general de las conciencias y las estructuras de las sociedades, también desplegó enormes riquezas y con ellas desigualdades también desmesuradas. El desarrollo tecno-científico por su parte, trajo aparejado un profundo desequilibrio en los entornos ambientales. “Lejos de alcanzar los ideales del siglo XVIII de libertad, igualdad, democracia y armonía social, está creando las condiciones para nuevas formas de barbarie, de destructividad, para nuevos mecanismos intrínsecos a la sociedad, generadores de una violencia cada vez más creciente”, afirma R. Forster.

Las grandes metateorías de la modernidad, esto es, las creencias en la racionalidad, en la ciencia y en los proyectos tecnológicos, todos ellos causas para la emancipación y el progreso humano, han sido analizadas como creencias que funcionaron como ideologías, legitimando hechos que negaron estos mismos principios (puede pensarse en las guerras mundiales, los campos de concentración, el racismo y las armas nucleares, por mencionar los hechos salientes del siglo pasado). Ya hacia fines de la década del 60, el filósofo Herbert Marcuse alertaba sobre la creciente concentración y efectividad de los controles económicos, políticos y culturales, “la oposición en todos estos campos se pacífica, se integra o se liquida”. Cuando la razón se identifica con la realidad, “lo que es actual es razonable, aunque lo razonable no se ha hecho aún actual” (H. Marcuse, 1967).

Es en este sentido que Max Weber afirma la existencia de una creciente racionalización burocrática de la sociedad como un “proceso de desencantamiento del mundo”. La naturaleza se ha transformado en un mero objeto de conocimiento o uso, profanándola en nombre del progreso, y convirtiéndola en una estructura cuantificada.

Aparece como necesario entonces, volver a enfrentarse a las nuevas certezas instauradas: “todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse. Todo lo sólido se desvanece en el aire; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas”, consideró el filósofo K. Marx.

Bibliografía consultada

- Adorno, Theodor. *Dialéctica negativa*, 1975, Ed. Taurus.
- Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, 1988 , Ed. Siglo XXI
- Castoriadis, Cornelius. *El mundo fragmentado*, 1993, Ed. Altamira.
- Casullo, Nicolás; Forster, Ricardo; Kaufman, Alejandro. *Itinerarios de la modernidad*, 1999, EUDEBA.
- Cioran, Emile. *Ese maldito yo*, 1987, Ed. Tusquets.
- Heler, Mario. *La posmodernidad o una interpretación falaz*, 1988, Ed. Biblos.
- Horkheimer, Max; Adorno, Theodor. *Dialéctica del Iluminismo*, 1987, Ed. Sudamericana.
- Kant, Immanuel. *Filosofía de la historia*, 1978, FCE
- Marcuse, Herbert. *Razón y Revolución*, 1967, Instituto de Estudios Políticos, Universidad Central de Venezuela.